

DE LA MEMORABLE BATALLA DE TUCAPEL
ENTRE CAUPOLICÁN Y VALDIVIA, DONDE MURIERON ÉL CON
TODO SU EJÉRCITO, HACIÉNDOLE TRAICIÓN EL
FAMOSÍSIMO INDIO LAUTARO

Envió [Valdivia] seis corredores con Antonio de Bobadilla, su caballerizo, para que fuesen descubriendo el campo, mandándoles que volviesen allí aquella noche; mas como amaneciese y no hubiesen acudido al real, tuvo mala sospecha de lo que podía ser, y echando, como dicen, la soga tras el caldero, despachó otros seis con el capitán Diego Oro, pero los unos ni los otros volvieron. Y fue el caso que los primeros seis corredores, y al mejor tiempo que iban su camino, sin hallar cosa que les estorbase, se ha-

llaron repentinamente cercados por todas partes de enemigos, sin poder volver atrás ni pasar adelante, y así fueron forzados a pelear, hasta que cansados y heridos y muertos los caballos, murieron todos, sin escaparse alguno que volviese a dar la nueva; y como los otros seis no sabían el mal suceso, dieron ellos en la misma fosa, de suerte que tampoco escapó hombre de ellos, habiendo peleado tan varonilmente los unos y los otros que dejaron el campo sembrado de cuerpos muertos, haciendo gran matanza en los enemigos como después se supo afirmándolo los yanaconas que llevaban en su servicio, de los cuales escaparon algunos.

El paso más lastimoso que me parece hay en este libro es éste donde la historia ahora llega; pues se escribe en este capítulo la desastrada muerte de uno de los más valerosos capitanes de nuestro siglo y conquistador de todo Chile, cuyo suceso hace se me caigan las manos de compasión; en tal extremo, que estaba por no prolongar el capítulo más que lo que el mismo título significa. Pero por ser cosa tan circunstanciada de muchos puntos tan notables como el principal de que se trata, no quiero perder punto de los que deben apuntarse, siguiendo el hilo hasta dar en el extremo donde está añudado. Siendo, pues, tan demasiada la tardanza de los unos y otros corredores que corrió el sol en el interior un hemisferio entero y se asomaba ya por encima de los collados a vista del desventurado ejército, causó a Valdivia tantas nubes en el corazón cuanto resplandor y alegría a la misma tierra en cuyas hierbas y plantas esparcía sus rayos abriéndose un día muy fecundo. Entonces intentó Valdivia volverse a la casa fuerte de Arauco, sospechando el lazo que estaba tendido en el camino, como hombre experimentado en topar muchos lances y romper muchas lanzas. Mas como algunos de los suyos fuesen hombres de poca edad, recién venidos de Europa, de no menos fervorosa que noble sangre, deseaban ocasión en que estrellarse para mostrar sus bríos y ganar fama; y así

procuraron animar al gobernador, diciéndole: »Aquí estamos nosotros en servicio de vuestra señoría« y en particular, el capitán Martín Gutiérrez de Altamirano le habló algunas palabras para incitarle a pasar adelante, representándole entre otras razones el manifiesto riesgo de la gente que había mandado le acudiese de la Imperial, que debía ya estar cerca y daría de improviso en manos de los rebelados. No fue menester más de media palabra para que Valdivia subiese luego en el caballo, como hombre que jamás había mostrado rastro de pusilanimidad ni quería hacer cosa que se le atribuyese a ella, y así, les dijo brevemente: »Señores míos, la causa que me movía a intentar la vuelta hágoles saber que no es cobardía ni temor, pues en mi vida me lo puso la demasiada fuerza de adversarios; pues como todos saben, me suelo arrojar entre muy grandes huestes de ellos sin que me impida su mucha fuerza, ni la poca gente de mi parte. Mas parecíame a mí agora que el hacer alto en la casa de Arauco para convocar suficiente número de soldados y ordenar el ejército según la oportunidad lo pide, fuera cosa expediente y acertada para dar más al seguro sobre los indios, que ya no son los que solían; pues eran antes conquistados y acometidos y agora son rebelados y agresores. Mas, pues vuestras mercedes son de otro parecer, no hay para qué dilatarlo un punto, pues el llevarme a la guerra es encaminarme a mi centro; y ha días que no peleo. Por tanto, caminemos luego; que aunque estoy viejo, soy Valdivia y no dejo de ser Valdivia aunque soy viejo«. Apenas hubieron caminado dos tiros de arcabuz, cuando toparon a un indio yanacona muy despavorido y cansado, que les dio la triste nueva de la muerte de los corredores por haber él ido en su servicio, y juntamente un indio llamado Agustín, de mucha razón y experiencia, que servía a Valdivia desde el Perú, y le amaba tiernamente, se hincó de rodillas delante de él pidiéndole con muchas lágrimas que retrocediese, porque los indios que le espera-

ban eran innumerables y muy bien aderezados y resueltos en morir o vencer, haciendo en ello lo último de potencia. Pero ningunas palabras pudieron ser tan eficaces como aquellas que clavándole el corazón le habían motejado de hombre poco determinado; por las cuales rompiera con todo el mundo antes de volver el pie atrás un solo instante.

A poco trecho que hubieron caminado, se hallaron en un sitio lleno de arboleda por ambas bandas del camino, y no menos de indios belicosos, emboscados en ella; aunque es difícil determinar si las matas cubrían a los indios o los indios a las mismas matas, ni tampoco es más fácil de resolver cuál de los dos números llegó a ser más copioso, el de las matas o el de las matanzas. Pero por más gente que vía el gobernador no interrumpió su viaje, como quien no hacía caso de ellos, los cuales, con no menor astucia, se fueron retirando y cebando a los españoles hasta llegar al sitio donde estaba todo el ejército con disposición como de gente que había trazado sus cosas muy despacio.

Estando los dos ejércitos frente a frente a pique de arremeter de ambas partes, se apeó el gobernador, postrándose en tierra en voz alta con hartas lágrimas, profesando y haciendo protestación de nuestra santa fe católica, y suplicando a Nuestro Señor le perdonase sus pecados y favoreciese en aquel encuentro interponiendo a su gloriosa madre, y diciendo otras palabras con mucha devoción y ternura. Hecho esto, ordenó que saliesen veinte de a caballo a un escuadrón donde estaban veinte mil indios que salía a mil indios por un español; éstos tenían gran suma de piquería, por entre la cual rompían los de a caballo, saliendo de la otra parte del escuadrón y revolviendo luego sobre él mismo, sin que dejasen de quedar algunos tendidos en estos encuentros. Y era cosa de ver que aún no había bien caído el hombre en el suelo cuando ya estaba sobre él gran multitud de indios que acu-

dían a porfía a ver quién podía cortarle la cabeza. Al mismo tenor, tornó Valdivia a enviar otros veinte hombres por el otro lado; a los cuales sucedió lo mismo que a los primeros, que mataban y morían ganando los indios siempre tierra. Viendo el gobernador el pleito mal parado, procuró animar al resto de su gente, entrándose con ella entre las grandes huestes, donde por gran espacio de tiempo anduvo la refriega sangrienta sin cesar de morir gente de ambas partes. Pero como la fuerza del sol iba creciendo y refrescándose los enemigos, quiero decir entrando siempre gente de fresco, comenzaron a desmayar los pocos españoles que quedaban, de suerte que ya la victoria casi estaba por de los indios. Entonces el gobernador se hizo afuera con los españoles, y en dos palabras les dijo razones de mucha sustancia, esforzándolos con tanto valor y demostración de ánimo y esperanza, que los nuestros sacaron más socorro y fresco de sus mismos ánimos que los indios de la gente que para ello tenían disputada. Y así, acudiendo con nuevo ímpetu, se estrellaron tanto en los indios que les hicieron perder todo el sitio de la batalla sin quedar en él hombre de su bando fuera de los muertos a quienes iban derribando los españoles.

A este tiempo se embistió un espíritu no sé cómo le llame; pero no se puede dejar de presumir haber sido extraordinariamente pernicioso, pues ha sido total causa de que en más de cuarenta años continuos nunca haya faltado guerra dentro de Chile. Digo, pues, que se revistió este espíritu en un indio llamado Lautaro, que era caballero de Valdivia y actualmente le tenía los caballos que remudaba; éste ha sido la total destrucción de Chile, éste la causa de tantas mortandades que deben de pasar de dos millones; éste la ocasión de que se hayan perdido tantas almas, así de los indios, que eran ya cristianos y murieron como bárbaros, como de los que van naciendo y se quedan en su infidelidad sin recibir el santo bautismo; éste el que, viendo el suceso de la batalla en tal punto, se

pasó a la banda de los indios, sus coterráneos, y dando una voz, les dijo desta manera: »¿Qué cobardía es ésta, valerosos araucanos? ¿Qué infamia de nuestra tierra? ¿Qué oprobio de nuestra nación? ¿Qué dirán los que supieren que de cuatro hombres medio muertos vais huyendo ciento y cincuenta mil esforzadísimos soldados? Ya veis que hasta ahora he estado de parte de los españoles y no pensaba mudar propósito si viera que iban vencidos, aunque muriera yo entre ellos, o ya que vencieran fuera a otros tantos como ellos o pocos más, o a lo menos no tantos como vosotros; pero que una infinidad de araucanos se rindan a unos hombres tan desmayados y pocos en número, ésta es como una afrenta, y aún más que ignominia del hombre araucano, y que redundá en mí, que soy uno de los deste apellido; por lo cual, si vosotros queréis admitir mi consejo, yo os lo daré presto en las manos, y si no, aquí están las mías, que bastan para quien ya no puede tenerse en pie; y si Caupolicán no quisiere resolver con el ánimo que la mesma cosa nos está poniendo, aquí está Lautaro«.

Y con estas razones diciendo y haciendo, echó mano de una lanza de treinta palmos, y como un león desatado se vino para los españoles, trayendo por secuaces las gruesas catervas que habían retrocedido, lo cual puso en el corazón de Valdivia el concepto que engendró en el de David el ver que Achitofel se había pasado a la parte de Absalón, que fue la cosa que le dio más pena. Pero como ya estaba echada la capa al toro, era el postrero remedio humano el pelear como lo hicieron de ambas partes, trabándose por largo rato nueva refriega hasta que, viendo Valdivia que no quedaban más que cinco o seis de los suyos, volvió las espaldas escabulléndose, lo cual pudo hacer por la polvareda que se había levantado, y llegando a un lugar cosa de un tiro de arcabuz de donde había partido, se halló con el padre Pozo, que era su capellán, y con él y Agustín, el indio intérprete comenzó a huir, aunque

luego fue alcanzado de los enemigos, los cuales mataron al sacerdote y cogieron a manos a Valdivia y al intérprete, en las cuales fueron los dos en volandillas, llevados delante de Caupolicán y Lautaro.

Lo que hicieron del gobernador y el género de muerte que le dieron no se ha sabido con certidumbre hasta hoy, porque fue tan desastrado el suceso que ninguno de los sesenta y tres españoles que entraron en la batalla salió con vida del sitio de ella.

Con todo eso se vino a saber con el tiempo todo casi lo que allí pasó, sin quedar cosa, parte por la misma falta de los españoles que no volvieron hasta hoy, parte por el sitio de la batalla, que se halló tan lleno de cuerpos muertos que estaban unos sobre otros; y no menos por haberse pasado Lautaro al otro bando, al cual vían cada día los españoles, pues era el que sustentaba la guerra contra ellos. También se sabe que llevaron los indios muchos despojos así de las joyas y armas de los nuestros como del bagaje y vajilla del gobernador y los demás caballeros, dejada aparte la pérdida de los caballos, que valían más de doscientos mil ducados, y también es cierto que murieron famosos capitanes araucanos, que se conocieron muertos en el campo, como Triponcio, Gameande, Alcanabal, Manguié, Curilen, Layan, Ayanquete y otros de mucha fama. Y aún lo que toca al modo de la muerte de Valdivia—ya que no se sabe puntualmente, a lo menos tiénese por cierto—fue uno de los dos que diré. Esto fue que estando Valdivia en presencia del general Caupolicán, pidiéndole la vida con promesas de que se iría del reino con todos los españoles, apoyando esto el indio Agustín con darles a entender que desta matanza no medrarían otra cosa más de la venganza de los españoles que, irritados con la muerte de su cabeza, vendrían a dar en las suyas, vino a titubear el general y poner el negocio en consulta y aún a estar inclinado a otorgar la vida al gobernador. Y viendo esto un cacique llamado Pilmaiquén, a quien él ha-

bía hecho vasallo de una criada suya, que era Juana Jiménez, y tenía pasión con su encomendero, y aun contra quien le había hecho súbdito suyo, sin aguardar más embites levantó una gran porra que tenía en las manos y la descargó con gran furia sobre el infelice Valdivia haciéndole pedazos la cabeza, a cuya imitación el indio Lautaro atravesó la lanza por el cuerpo de Agustín, el intérprete, con quien andaba a malas, como persona que vivía con él dentro de una casa, según es costumbre entre gente de servicio. Por ser la segunda tan verosímil y tan digna de saber y proporcionada a las trazas del Cielo, la escribiré aquí, aunque no tengo autor cierto dello, más de que se dice comúnmente. Y es que estando los indios con extraordinario regocijo viendo en sus manos al gran capitán de los españoles, hicieron con él muchas fiestas por burla y escarnio, y por remate trajeron una olla de oro ardiendo y se la presentaron, diciéndole: pues tan amigo eres de oro, hártate agora dél, y para que lo tengas más guardado, abre la boca y bebe aqueste que viene fundido, y diciendo esto lo hicieron como lo dijeron, dándoselo a beber por fuerza, teniendo por fin de su muerte lo que tuvo por fin de su entrada en Chile.